



LII

De madrugada, antes de salir el sol, monté á caballo y salí de la hacienda camino de Villaverde.

Era domingo. Delante de mí avanzaban lentamente algunos peones y una media docena de rancheros que iban al tianguis, jinetes en malas caballerías. Clareaba el alba en la cima de los montes, y sobre la esplendorosa claridad del sol naciente se dibujaban los perfiles boscosos de los cerros de Villaverde, las grandes moles de la cordillera meridional, y las montañas de Pluviosilla envueltas en los vapores matinales que parecían gasas hechas girones en los picachos. Repicaban alegremente en el campanario de una aldea cercana, y del profundo lecho del Pedregoso, protegido por los ahuehetes y los álamos, se

alzaba espesa y se desvanecía vagarosa blanca en una nube que velaba las arboledas.

¡Qué largo me parecía el camino! ¡Con qué ansia me aguardarían mis tías! ¡Qué anhelo me movió por llegar á la ciudad! La campana de la aldea sonaba festiva, y el viento matinal, fresco é impetuoso, traía hasta allí las mil voces de los templos villaverdinos; música incomparable que repetida por los ecos parecía el canto de los valles y de los bosques. A poco descubrí el caserío, las torres y las cúpulas en cuyos azulejos centelleaba el sol.

Media hora después estaba yo al lado de mis tías.

—¡Muchacho!—exclamó tía Pepilla.— Entra, entra para que te vea tu madrina... La pobre-cilla ha estado muy mala; buen susto nos dió... Por eso no te hemos escrito. ¿Quién lo había de hacer? Si Angelina estuviera aquí...

Entré en el cuarto de la enferma. La pobre anciana estaba en un sillón, muy abatida y trémula. Se animó al verme, y cuando me acerqué para abrazarla me miró tristemente, y con voz muy débil, tan débil que apenas la oímos, me dijo:

—Al fin veniste.... ¡Gracias á Dios! Temí que no volvieras á verme.... Pero ya pasó...

ya pasó! Ya estoy bien, muy bien! ¿Estás contento? ¿Te gusta la hacienda?

Me apresuré á contestarle que el señor Fernández me trataba muy bien; que toda la familia me distinguía con su afecto; que el trabajo era ligero y agradable, y que tenía yo un sueldo muy bueno, como nunca pensé alcanzarle, como jamás le soñé.

—Así lo esperaba yo! ¡Me alegro, hijito, me alegro mucho! Si tu vieras cuánta pena me causaba ver que en la casa de Castro Pérez ganabas poco y trabajabas mucho!... ¡Vaya! A desayunarte, hijo mío.... Y después quítate ese traje de rancho.... ¡No me gusta! ¡No quiero verte así! Ponte otro vestido, y vete á pasear..... ¿Cuándo te vas, esta tarde ó mañana?

—Mañana tempranito....

Tía Pepilla me esperaba en el comedor, en el pobre comedor donde señora Juana iba y venía muy deseosa de atenderme y obsequiarme.

Mientras yo me desayunaba alegremente y con buen apetito, tía Pepilla conversaba.

—Tengo una carta para tí, una carta de Angelina. Ayer la trajeron; hasta ayer vino el mozo.... Ahora te la daré....

—Venga esa carta, tía; venga esa carta...

—¡Impaciente! Come y calla. Para todo hay tiempo.... Y dime: ¿qué tal es la señorita Gabriela?

—¡Lindísima!

—¡No tanto, hijo, no tanto! No es fea.... ya me lo sé. Pero, ¿es buena, es simpática? ¿No es orgullosa ni altiva? Vamos: dime, dime....

—Antes la carta, tía; antes la carta de Linilla!

—¡Paciencia, niño, paciencia! ¿Qué fugas, son esas! Cualquiera diría....

—¿Qué diría?

—Nada!....

La anciana sonrió dulcemente, y salió del comedor. A poco apareció en la puerta, mostrándome la carta deseada.

—¿Qué me das por esto?

—Un abrazo.

—¡Es poco!

—Un beso.

—Es poco

—Pues entonces, ¿qué quiere vd?

—¡Tu cariño! ¡Tu cariño, muchacho, que con eso me basta!

La señora llegó hasta mí, me abrazó, me acarició dulcemente, y puso delante de mí la carta de Linilla, diciéndome:

—¡Ay, Rorró! Anoche soñé una cosa....

—¿Qué?

—La diré.... No; mejor es callar!

—Hable vd., tía.

—Soñé que te habías enamorado de.... Gabriela!

—¿De Gabriela?

—Sí, de esa señorita que es tan buena, tan amable, tan elegante, tan inteligente, tan linda, y.... tan rica!

—No, tía. Mi corazón tiene dueño.

—¿Y quién es?

—Ese es mi secreto.

—¿Secreto?

—Secreto.

—Mira, Rorró; á mí no me engañas....

—¡Ah!

—Mira, lee tu carta.... y déjame en paz!

En mi cuarto, á solas, lei la carta de Linilla.

“Rodolfo mío:

“En vano habrás esperado mi contestación, y ya me imagino tu impaciencia al no recibir noticias mías. Papá ha estado enfermo. Cosa de nada, es cierto, pero nos tuvo muy inquietas, y de más á más el mozo no ha ido á Villaverde. Fué á

Pluviosilla á traer muchas cosas para la Semana Santa: cera, ornamentos, y una urna lindísima que será estrenada el jueves. Vamos á tener unos días de mucho trabajo. Figúrate que aquí no se cuenta con nadie para eso de arreglar el altar, y yo tengo que hacerlo todo. He preparado cosas muy bonitas: cortinas, ramilletes, moños, y otras mil chucherías, todo nuevo. Papá está contentísimo, y cuando descansa del confesonario viene á divertirse y á ver cómo trabajo. Ahora no es tiempo de pensar en el novio, señor mío; es mucho lo que falta por hacer, y todo tiene que salir de mis manos. Al fin del día estoy muy cansada; pero yo no te olvido y á todas horas pienso en tí, y además te dedico un rato todas las noches, y á esa hora no hago más que recordarte y ver tu retrato. Son las once de la noche, estoy solita en mi pieza, y con lápiz, porque olvidé traer el tintero y la pluma, te escribo estas líneas, muy de prisa, tan de prisa que no sé cuántos disparates estoy poniendo.

“Me alegro que pienses de otro modo. ¿Qué es eso de creer que la vida es mala? No, señor mío; ni yo que he sido tan desgraciada tengo esas ideas. El otro día leí en un periódico un artículo muy largo en que trataban de unos filósofos

que tienen ideas parecidas á las tuyas. Allí hablan de un alemán, cuyo nombre no recuerdo porque es muy largo y muy revésado, del cual dicen que tiene ideas así como las tuyas. Y yo me dije: ¡vaya! sin duda que Rorró ha leído los libros de ese señor, y en ellos aprendió esas tristezas con las cuales me apena y me acongoja. Pregunté á papá si esas obras están prohibidas, y me dijo que sí. De manera que, ya lo sabes, si las tienes, quémalas; si las has leído, no vuelvas á leerlas. ¿No es cierto que así lo harás? Sí, porque me quieres mucho.

“Cuando recibas esta carta ya estarás en Santa Clara. Cuidado y te enamoras de Gabrielita. Es muy hermosa, y muy simpática, y muy inteligente, y muy buena, y además rica; pero no te querrá tanto como yo.

“Después que leí la carta en que me decías que ibas á colocarte en la hacienda del Sr. Fernández me puse muy triste. ¿Por qué? ¡Dios lo sabe! Como eso es bueno para tí debía yo ponerme alegre, muy alegre, pues con ese destino ya no tendrás dificultades, y tu vida será más tranquila; pero voy á confesarte una cosa, aunque te rías de mí. Me desagradó la noticia; sentí que el corazón se me oprimia y que los ojos se me llenaban

de lágrimas. Ya sé lo que vas á decir, ya lo sé. Dirás que estoy celosa ¿Celosa? No sé lo que son celos. Acaso esto que siento al pensar que vives cerca de esa señorita tan hermosa y tan elegante; acaso serán celos estos temores que me asaltan cuando recuerdo que hace tiempo que Gabriela me preguntó por tí, con mucho interés, con *demasiado interés*. Comprendo que en ella encontrarás muchas cosas que yo no tengo; Gabriela es una señorita más digna que yo de ser amada, sí, más digna que yo. No me da pena confesarlo; y óyelo bien, mira que te lo digo sinceramente, como lo siento, como si mi madre me oyera: si te enamoras de Gabriela; si en el amor de esa niña está cifrada tu felicidad; si ella es para tí dicha y ventura, no vaciles, olvidame, olvida á la pobre Linilla, y se feliz! Ya te lo dije, te lo he dicho muchas veces, todó el anhelo de mi corazón es verte dichoso. Porque lo seas lo sacrificaré todo, me arrancaré del alma tu cariño y procuraré olvidarte. Acuérdate de lo que dice tu tía Carmen: que para tí, *sólo Gabriela*. El corazón me dice que nuestros amores no serán dichosos. . . . ¿Sabes por qué? Porque nací condenada á padecer, y no me conformo con el cariño de mi papá, que es lo único en que debo fiar.

Una cosa voy á pedirte: que el día que ya no me quieras me hables francamente, y me digas la verdad, toda la verdad! Tú dirás que estos temores míos son infundados, que son locuras mías. . . . ¡Dí lo que quieras! Yo cumplo con no ocultarte nada, nada de cuanto pienso y siento. Ya sabes que no tengo secretos para tí, y que cuanto se me ocurre te lo digo, aunque sea en contra mía.

“Quería decirte una cosa, pero reflexiono y pienso que sería inoportuno hablar de ella. Sin embargo, voy á confesarte mi deseo de no ocultar á papá nuestros amores. Me parece cruel, inhumano, que los ignore. No debí corresponder á tu cariño sin que papá tuviera noticia de que te amo y me amas. Hice mal, muy mal, así lo comprendo, y acaso esta pena que oprime mi corazón es un castigo para mí. ¡Celos!—dirás tú. Lo que tú quieras; yo sé que me duele el alma; que no ceso de llorar, y que tengo que ocultar mis lágrimas. No tengo á quien contar lo que me pasa, y acaso el pobre anciano podría consolarme y aliviar mi pena. Si papá supiera nuestro amor, con él hablaría yo de tí, de mis temores, de mis presentimientos, de que sólo pienso en tu felicidad, aunque sea á costa de mi dicha. Pero no le diré nada, no, jamás; se apenaría el san-

to viejecito, y no quiero contristar ese noble y apasionado corazón, corazón de niño, corazón de mujer que fácilmente se lastima. Aunque tú me digas que sí, que le diga todo, no lo haré.

“Pero, ¿verdad, Rodolfo mio, que me amas, que me adoras, que sólo vives para mí? ¿No es cierto que me apeno sin motivo y que no tengo razón para estar celosa? Y aun cuando tú quieras á Gabriela ó á cualquiera otra, ¡qué me importa! Te amo, y con eso me basta! No soy egoísta; no te quiero porque tú me quieras, te amo, y en amarte cifro toda mi dicha. ¿Me amas? ¡Feliz de mí! ¿No me amas? ¿Y qué? ¡Me basta con amarte!

LINILLA.»



LIII

Esta carta me causó profunda pena. Linilla padecía y lloraba, temerosa de que Gabriela le robara mi corazón. . . . Obscura nube veló de pronto el cielo de mi dicha, y temblé al considerar que me aguardaban nuevas amargas. Pero, á decir lo cierto, no me causaron extrañeza ni las palabras de Angelina, ni el tono de su carta.

Desde los primeros días, cuando mi cariño era todavía un misterio para la doncella, pude observar mil veces que nunca le fueron gratos los elogios de mi tía para la gallarda señorita. Y no porque la envidia ó el orgullo fuesen causa de ello, que tales pasiones no tenían morada en aquel corazón generoso y sencillo, sino porque debido á las torpes murmuraciones villaverdinas ó á presenti-

mientos y recelos, muy naturales en una niña que ama y cree que es amada, la pobre Linilla temió, aun antes de corresponder á mi amor, que yo me prendara de Gabriela, cuya belleza y elegancia no podían ser vistas sin interés por ningún mozo de mi edad. ¡Pobre niña infortunada! El dolor y la desgracia la habían hecho temerosa. Muchas veces me dijo: «Rodolfo: nuestros amores no serán dichosos. Nací condenada al infortunio; nací condenada á padecer, y cuanto es para mí felicidad y ventura perece y se malogra. . . . ¿Me amas? Si; pues dejarás de amarme. ¿Te amo? Pues, óyelo bien: este amor que es en mí como la aurora de hermoso día; este amor en el cual he cifrado todas mis ilusiones y todas mis esperanzas, no será coronado por la dicha. . . .»

Y la pobre niña no podía ocultar sus recelos, y me los confiaba sencillamente, como deseosa de conseguir, por este medio, la perennidad de un afecto que le parecía vano y fugitivo. Después se arrepentía de haber dudado de mi constancia, y llorando me pedía que la perdonara. Mas á poco, cuando calmada por mis palabras y mis promesas sonreía dichosa, y en su pálido rostro irradiaba la alegría, tornaba á sus presentimien-

tos: «No me engaño, no quiero engañarme. . . . Me da pena decírtelo, pero ya sabes que nada te oculto, que no quiero ocultarte nada. Vives engañado; dices que me amas, y no mientes, no, porque eres incapaz de mentir. . . . Dices que me amas, y, ciertamente, tu corazón es mío, y á toda hora piensas en mí. Pero no es Linilla, la pobre Linilla, la huérfana recogida en un mesón por un sacerdote caritativo, la niña infeliz fruto de amores que el cielo no bendijo, la que será tu esposa. Te conozco, Rorró. Eres ambicioso; deseas una mujer brillante que á todos captive con su belleza, que deslumbre en los salones. . . . Sueñas ¡al fin poeta! con dichas que yo no puedo darte. . . . ¿Me amas? ¡Ya me olvidarás!»

Linilla se engañaba. La amaba yo con toda mi alma, y bien sabe Dios que mi corazón era todo suyo; que nunca mis ojos se fueron en pos de otra mujer, y que era yo celoso, en bien de mi amada, hasta de la menor palabra que pudiera salir de mis labios con olvido de Angelina, y fuera para ella como una infidelidad mía. Lo que nunca quise hacer, y de ello me acuso sinceramente, fué borrar de mi memoria el recuerdo de Matilde, la dulce niña de mi primer amor.

Pero ¡ah! yo aliviaría las penas de mi amada, desvanecería sus tristezas, le escribiría larguísima carta, y pronto estos temores quedarían disipados.

Me vestí de prisa y me lancé á la calle.

El domingo es alegre en Villaverde; muy alegre si se le compara con los demás días en que las calles y plazas están casi desiertas. La población rural viene á la ciudad con motivo del tianguís, y los villaverdinos salen de sus casillas para ir á misa y al mercado. Las tiendas están abiertas hasta las tres de la tarde, y los rancheros, muy vestidos de limpio, luciendo la camisa planchada y azulosa, suben y bajan por las calles, llenan templos y tiendas, y á eso de las tres se vuelven á sus campos y á sus aldeas.

La misa de doce es la más concurrida; á ella van las muchachas en privanza, muy empercejiladas y lindas, y en el atrio de la Parroquia, bajo los fresnos y los ahuehuetes, se reúne la flor y nata de la pollería villaverdina.

Visité á don Román, el cual se mostró muy afable y cariñoso con su discípulo. Estuve en la casa de Sarmiento; pero no tuve la fortuna de verle, como yo lo deseaba, para darle las gracias por sus eficaces recomendaciones. Le dejé una carta

del señor Fernández, en la cual le consultaba no sé qué acerca de las enfermedades de Pepillo, y me fui en busca de Andrés hacia su tenducho de *La Legalidad*. El pobre viejo se olvidó de sus marchantes, saltó por encima del mostrador, y corrió hacia mí, abriendo los brazos. Charló conmigo unos cuantos minutos, y luego me dijo, poniendo su mano en mi cabeza:

—Ya ves, tengo muchos marchantes.... y ya lo sabes: el que tenga tienda que la atienda.... Allá te veré.... Esta noche iré á cenar contigo.... Vete á pasear.... diviértete, que bastante habrás trabajado desde que te fuiste....

Al pasar frente á la botica de Meconio oí que me llamaban. Allí estaban los pedagogos y Ricardo Tejeda. Me fué preciso entrar. Todos se adelantaron á saludarme, menos mi amigo, el cual fingió que estaba muy engolfado en la lectura de *El Montañés*. Mancebos y maestros de escuela me veían de pies á cabeza, se miraban unos á otros, y sonreían maliciosa mente. No dejaron de dirigirme algunas bromas.

—Ya es vd. charro....—me decía uno de los mancebos.—Todo Villaverde sabe que hace quince días vieron salir, camino de Santa Clara,

al ex-covachuelista de Castro Pérez, jinete en un corcel brioso, hecho un caballero andante. ¡Vaya! Dejó la pluma por la reata. . . .

Venegas y Ocaña coreaban con ruidosas carcajadas las bromas del imberbe galeno, y Ricardo seguía abismado en la lectura. Después me hablaron de Gabriela.

—Chico: --repetían— ¡lograste lo que deseabas! Estás en la arena y junto al río. . . . ¡Buen partido! Te cayó el premio. . . . te casarás. . . . ¿Cuándo es la boda? ¿Cuándo nos das el gran día?

Me indignaban aquellas burlas; pero rechazarlas enérgicamente habría sido una tontería. Hice risa de mi cólera; me burlé de mí, repitiendo los dichos del boticario, y así logré que se calmara la tempestad. Luego se habló de una compañía dramática, recién llegada, y que esa noche daría su primera función en el Teatro Pancraccio de la Vega.

—¿Irás? . . . —me decían— ¡Buena compañía! Esta noche nos darán "*Fe, Esperanza y Caridad*." No queda una butaca; los palcos estarán llenos, y la temporada será magnífica.

En aquellos momentos pasaron frente á nosotros las señoritas Castro Pérez. Entonces empezó la murmuración y el hacer trizas á las pobres

muchachas. Ricardo dejó el periódico y salió á la puerta para ver á las señoritas. Las chicas se detuvieron un instante, saludaron, y la rubia exclamó, dirigiéndose á mí:

—¡Rodolfo! (con permiso de los señores). . . . Acompáñenos hasta la iglesia. . . . Tenemos que hablar con vd.

Me despedí del grupo, y acudí al llamado de la señorita. A la sazón salía Ricardo; vióle Teresa, y la pobre niña se encendió como una amapola, bajó los ojos, y se adelantó. Cuando yo le tendí la mano estaba trémula y sofocada por la emoción. Mi *amigo* la miraba desdeñoso y altivo.

No bien nos alejamos de la botica, se soltó Luisa:

—¡Conque se casa vd! Ya lo sabemos todo. . . . ¡Buena suerte, y gracias por el favor! . . . Tere está muy agradecida. . . . ¿Vió vd. á Ricardo? ¡Está que rabia! ¡Él que se creía tan afortunado! Estaba seguro de que le correspondería Gabriela. . . . ¡Buen chasco se ha llevado! ¡Muy merecido!

—Pero, señoritas. . . .

—Sí, sí, no lo niegue vd! Ya todos saben que la familia le distingue á vd. mucho; que vd. y Ga-

briela están á partir un piñón; que el negocio está arreglado, y que tendremos boda. Será muy lujosa. Gabriela y vd. echarán el resto....

—¡Por Dios!—interrumpió la hermana.

Protesté contra la murmuración villaverdina de la cual era yo víctima hacía tantos días; declaré que me indignaba oír tantas mentiras como repetían las gentes, y supliqué á las niñas que no dieran oídos á tales dichos.

—Pues vd. lo negará.... pero es cierto que Gabriela y vd. están arreglados. ¡Todo se sabe!... Para que vea vd. que nada ignoramos, le diremos lo que aquí se cuenta. ¿No es cierto que esa niña y vd. se pasean en el jardín, solos, solitos?....

—Sí, es verdad.... ¿y qué?

—¿Y qué? ¡Pues qué quiere decir cristiano?

—Cierto que todas las tardes paseamos en el jardín; pero no solos, como vd. dice, Luisa. Don Carlos y doña Gabriela van detrás de nosotros, y Pepillo nos hace compañía....

—Sí, Pepillo; como quien dice: el *bufón del Rey*.... ¿Sabe vd. cómo le llama ésta á Pepillo, á su cuñadito de vd?....

—No.

—¡Rigoletto!

Las chicas se echaron á reir.*

Estábamos en el atrio de la Parroquia. Allí, á la sombra de los ahuehetes, charlaban y reían cinco ó seis lechuginos. Entre ellos estaba el joven cuyo destino fui á ocupar. Oí mi nombre y el de Gabriela, y una voz que decía:

—¿Se casarán?

—¡Es cosa arreglada!—exclamó alguno.... Parece que....

Y no escuché más. Hablaron tan quedo que no percibí lo que decían. ¡Alguna infamia!

Las señoritas Castro Pérez entraron en el templo. Yo las seguí maquinalmente....

Parece que.... Estas palabras resonaban en mis oídos como los rumores de lejana tempestad.

¡Bien sabía yo hasta dónde era capaz de llegar la murmuración villaverdina!





LIV

¡Lejos de esta gente!—me dije esa mañana al salir de la misa de doce, y me fui á mi casa, á mi pobre casita, resuelto á no tratar más ni con los tertulios de la botica ni con las señoritas Castro Pérez, y decidido á no venir á Villaverde sino de tiempo en tiempo.

Después de la comida me puse á escribir. La idea de que Linilla padecía y lloraba por causa mía me tuvo inquieto toda la tarde. Cuando cerré mi carta estaba yo tranquilo. En ella le hablé francamente:

«¿A qué pensar en eso, Linilla mía? ¡Te amo, te adoro! ¿Qué motivos tienes para dudar de mi fidelidad? Me ofendes cuando dices que tarde ó temprano he de olvidarte. Angelina: eres cruel

conmigo, y no temes lastimar mi corazón. ¿No dices que me amas? Pues entonces, ¿por qué dudas así de mi cariño? Más de una vez he oído de tu boca que soy ambicioso, que sueño con opulencias y lujos. No comprendes que con esas palabras me desgarras el corazón. Dime, con toda sinceridad: ¿crees que sería yo capaz de buscar fortuna y riquezas por ese camino? No ambiciono grandezas; con poco me conformo; poco necesito para ser feliz. Una posición modesta, modestísima, rayana en la pobreza, es cuanto deseo para que mis pobres tías pasen tranquilas los últimos años de su vida, y nada más! Nada me seduce en el mundo como no seas tú, tú, Linilla, alma de mi alma, en quien cifro ilusiones y esperanzas, en quien he puesto todo mi cariño.

«Mientras yo sueño á todas horas contigo, mientras vivo pensando en tí, tú te complaces en dudar de mis palabras, y temes que, prendado de Gabriela y empujado por una ambición vulgar, desdigne tu amor, olvide que me amas y que vives para mí, y corra en busca de un enlace que me proporcione bienestar y riquezas. . . . ¿No piensas que me calumnias, que calumnias á tu Rodolfo? Huérfano, desgraciado, pobre, el mundo era para mí un valle de dolores; quise cerrar mi cora-

zón á todo afecto, no amar ni ser amado, cuando te conocí y te amé. Te amé noble y desinteresadamente. ¿Qué interés podía guiarme? Te amé y te dí mi corazón; me amaste, y al oír de tus labios que me amabas se disiparon las tinieblas de mi vida; se iluminó mi alma con los esplendores de la tuya, y anhelé ser bueno porque tú eras buena; quise tener resignación como tú, y la tuve; y el que poco antes deseaba morir, amó la vida, y soñó con dichas y felicidades, no esas que tú supones, sino otras verdaderas, humildes. . . . un hogar modesto y tranquilo, ni envidiado ni envidioso, del cual tú fueras alegría. Tú amas como yo á las buenas ancianas que ampararon mi orfandad, ellas te aman también. . . . ¡Qué dichosos seremos!

«A veces, por la noche, cuando todos duermen, me paso las horas en el balcón, pensando en mi Linilla. Tengo delante el *real* solitario, la llanura desierta y silenciosa, en el fondo de la cual corre el Pedregoso adormecido y manso bajo las arboledas. . . . Me abismo en la contemplación del paisaje; te nombro, y mi alma corre hacia las montañas esas que me separan de tí, y escala las cimas, y vuela con las nubes, y va á velar tu sueño. Y me imagino que eres mi es-

posa; que vivimos tranquilos y felices al lado de mis tías, en una casita muy linda y muy alegre, embellecida por tí, llena de flores y cantos de pájaros. Sueño que mi casa, hoy tan triste, está de fiesta; que tu papá ha venido á pasar con nosotros algunos días; que celebramos su cumpleaños y que todos reímos venturosos y satisfechos. Tía Carmen, sentada en su sillón y muy aliviada de sus males, nos contempla y sonrío; tía Pepilla parece una abuela bondadosa y tierna; tu papá charla y se goza en nuestra dicha, y mientras tú y yo estamos en el comedor y preparamos una sorpresa al santo sacerdote, poniendo entre los pliegues de su servilleta los retratos de la gente menuda, allá, en el fondo del jardín. . . . dos chiquitines inteligentes y guapos, muy vestidos de gala,—una niña que se parece á tí, y un rapazuelo que se parece á mí—corren en pos de un aro tintinante.

“¡Ya lo ves, Linilla! ¡Y así dudas de mi cariño! Dime: ¿haces bien en eso? ¿Verdad que no? Mira: la señorita Gabriela vale mucho, es muy buena, y á cada rato me habla de tí, y se queja de que tú no la quieres. . . . Estás celosa, sí, celosa, mal que te pese, y no hay motivo para ello. Por el contrario, debe ser objeto de tu

cariño. Esta familia me trata muy bien. Ya te he dicho que me distinguen como no lo merezco.

“Vamos, Linilla: ¿quieres que deje yo esta casa, que pierda yo esta colocación tan codiciada en Villaverde, y que vuelva yo á ser amanuense de Castro Pérez? Tal vez ni eso pudiera yo conseguir. ¿Quieres que me vaya á la tienda de Andrés á vender con él cominos y pimienta? Responde. Te conozco, y creo que sólo así estarás tranquila. . . . Desde luego me iría yo de Santa Clara; así quedarías contenta; pero pienso que no debo privar á mis pobres tías del bienestar que ahora les proporciono. El señor Fernández me quiere mucho, y muchas veces me ha dicho que él me pondrá en buenas condiciones para que pueda yo vivir tranquilo, sin depender de nadie. Es hombre que cumple lo que promete. Y entonces, Linilla: ¿qué más podremos desear?”

“¿Dices que no le dirás á tu papá que te amo y que me amas? Haz lo que te plazca. El deber y el amor filial aconsejan que no le ocultes nada; pero, á decir la verdad, como no tengo asegurado el porvenir, me parece inoportuno que le hables de eso! Sin embargo, repito, haz lo que te parezca mejor.

“Acaso lleguen á tus oídos ciertas murmura-

ciones de las gentes de Villaverde. Dicen que soy novio de Gabriela. Ya me imagino quién inventó eso. Las Castro Pérez que odian á la señorita Fernández, ó Ricardo Tejada que ha estado muy enamorado de la niña. Hoy me le hallé en la botica, y no me habló, ni siquiera se dignó saludarme. Ellos lo inventaron y todos lo darán por cierto, y lo creerán, y dirán, como yo lo he oído de labios de las Castro Pérez, que la cosa es hecha, y que nos casaremos Gabriela y yo dentro de pocos meses. Espero, Linilla mía, que no darás oído á las murmuraciones villaverdinas. Te confieso que tales embustes me tienen apenado. ¡Qué dirá el Sr. Fernández si llega á saberlos! Es persona de buen juicio y de mucha experiencia, pero se trata de su hija, y no le será grato saber que Gabriela y yo somos á estas fechas sabrosísimo plato para los villaverdinos maldicientes. Pensará que yo he dado motivo para esas conversaciones."

Andrés vino á cenar conmigo. Don Román pasó con nosotros la velada, y al siguiente día, muy de mañana, salí camino de la hacienda.

LV

Gracias á las advertencias de Gabriela que me pusieron en guardia contra los caprichos del niño, Pepillo fué siempre dócil y cariñoso conmigo. Todas las mañanas iba al escritorio, me pedía lápiz y papel, y se pasaba las horas pintando monos y casitas. Tenía el corcovadito ciertas aptitudes para el dibujo, cierto espíritu observador, y en dos por tres, de un rasgo, con dos ó tres líneas trazaba la silueta de un buey ó de una vaca, sus animales predilectos, predilectos porque les tenía miedo. No así con otros; habia declarado la guerra á las palomas y á las gallinas, se entretenía en atormentar los insectos que caían en sus manos, y de ellas no escapaban con vida ni mayates ni mariposas. El gato, un gato rega-

lón, muy querido de todos en la casa, huía del niño como del agua fría. Sólo Leal, el terranova pacífico y bonachón, el favorito de don Carlos, le sufría paciente y resignado. El corcovadito le maltrataba de diario, aguzaba el ingenio para atormentarle, y todos los días inventaba nuevas diabluras contra el pobre animal que, cansado de las fechorías del muchacho, escapaba, gruñendo, para volver á poco, cariñoso y sumiso, á lamerle las manos. Así quería Pepillo que fuesen con él las personas y criados que le trataban y servían; así quería que fuese Gabriela, la cual no cesaba de corregir en el niño cuanto en él observaba contrario á una buena educación. Pero el pobre niño no sufría las reprehensiones de su hermana, se revelaba contra ella y la colmaba de insultos. La joven apelaba á sus padres pero éstos rara vez la escuchaban.

—¡Cosas tuyas, Gabriela!—exclamaba la señora.—¡Nada le toleras á Pepillo! Niña: piensa que el pobrecillo está enfermo.... Recuerda que es muy desgraciado....

El jorobadito y yo hicimos buenas migas; yo compadeecía su miseria, y él me respetaba y me quería. A fuerza de paciencia y de dulzura conseguí que fuese amable con su hermana, y aun-

que de tiempo en tiempo renovaba su odiosidad, en algo mejoré las atroces tendencias del niño. Mucho me agradeció la señorita mi empeño en dulcificar el carácter de su hermanito, y esta gratitud hizo que cada día fuese Gabriela más y más obsequiosa con su amigo. Me hizo una confidencia; me refirió que había estado enamorada de un joven muy rico y apuesto, mas, por desgracia, dado al juego y á los vicios. “¡Le quise mucho!—me decía entristecida,—pero fué preciso olvidarle....¿Olvidarle? No, no le olvido aún. Fué preciso poner término á esos amores que no eran del agrado de mi papá; pero le confieso á vd., Rodolfo, que le quise mucho, mucho!.... Se parece vd. mucho á él. Cualquiera que los viese juntos diría que son hermanos. Una vez, acaso no lo recuerde vd., estaba yo tocando, pasó vd. y se detuvo en la ventana. Yo no pude contenerme y corrí á la reja.... Vd. siguió su camino.... Desde ese día me simpatizó vd. Pregunté: ¿quién es ese joven? Y Angelina me dijo: se llama Rodolfo.... ¿Si supiera vd. lo que pensé? ¿Sabe vd. qué? ¿A que no adivina? Que Linilla estaba enamorada.... ¡Bonita pareja!—pensé.—Ahora estoy segura de que vd. también está enamorado. Cuando hablamos de Angelina

no puede vd. dominar su emoción. ¡Sean ustedes felices! Yo.... ¡no volveré á querer á nadie!....”

La hermosa señorita bajó los ojos y suspiró tristemente. No supe qué decir y me quedé contemplándola. Después de un rato de silencio, durante el cual me senti dominado por la soberana belleza de la joven, murmuré:

—Gabriela.... Vd. merece ser dichosa. ¿Llorar vd. muerta la más dulce ilusión? Ya renacerán en esa pobre alma dolorida las flores de la esperanza. Amará vd.... y será feliz!

Levantó Gabriela su gallarda cabeza, y fijó en mí sus ojos. Me estremecí. Una imagen que no se aparta de mi memoria surgió de pronto ante mis ojos... Así, así me miró muchas veces la hermosa niña rubia, objeto de mi primer amor....

Dejó Gabriela el libro que tenía en las manos, y se dirigió lentamente hacia un extremo de la sala, abrió el piano, y me llamó, diciendo:

—¿Ha oído vd. esta sonata?

Y no hablamos más aquella noche. Al acabar la pieza llegó don Carlos:

—Vamos, amiguito: un partido de ajedrez....

Desde ese día me persiguió á todas horas el recuerdo de Gabriela; me pasaba yo el día pensa-

do en ella, y las horas eran instantes cuando estaba yo á su lado. Entonces sí que solía yo olvidarme de Angelina. ¿Amor? ¿Amistad? Amor, sí, amor!... ¿No ha dicho Byron que *la amistad es el amor sin alas*?

Puse gran empeño en saber lo que pasaba en mi corazón. ¿Qué sentimiento era aquél que no me apartaba de Angelina, y que, sin embargo, me arrastraba hacia Gabriela? Me acusaba yo de infidelidad para con Linilla; repasaba yo mis actos uno por uno, y aunque me hallaba yo inocente, me condenaba yo con la severidad del juez más recto, y me proponía alejarme de Gabriela. ¡En vano! No se me pasaba un instante sin pensar en ella. Era para mí luz, alegría, juvenil regocijo, primera aspiración de amor; ilusión de niño que yo creía perdida para siempre y que de pronto aparecía delante de mí; esperanza malograda que ébria de vida sacudía sus alas de mariposa en el fondo de mi corazón, reanimada por la luz de los ojos azules de la niña.

Y, preciso es decirlo, aunque nadie lo crea, aunque estas páginas hagan sonreír á los lectores: no estaba yo enamorado de Gabriela, no; mi corazón era de Linilla, de la huérfana tierna y cariñosa, que allá, en un rincón de la Sierra, vivía pensando en mí!... No sabía yo qué fuerza misteriosa me arrastraba hacia Gabriela. ¿Su belleza, su elegancia, su discreción, el fraternal afecto con que me distinguía? Aca-

so todo esto, y algo más, de lo cual no me daba yo cuenta, y que era poderoso, irresistible; secreto impulso contra el cual no podía yo luchar. ¡Y qué noches de insomnio! ¡Y qué días tan penosos! A las veces me reía de mí; sí, reía de mí locura, y maldecía yo de aquella pasión que poco á poco me iba subyugando, que me tenía intranquilo, y que ante mi propia conciencia me hacía parecer despreciable y desleal. ¡Cuánta razón tenía Linilla para dudar de mí!

Procuré dominarme, me decidí, aun á trueque de que Gabriela me creyera descortés, á huir de ella, y me mostré durante varios días desabrido y huraño. Me pasaba yo en el escritorio las horas de descanso, fingiendo ocupaciones extraordinarias, ó me iba yo, como escapado, á vagar por la llanura ó á tenderme en la hierba, bajo los árboles del río. Varias veces me llamó la señorita para enseñarme sus dibujos, y una linda acuarela, pintada en obsequio mío: un ramo de violetas puesto en una copa de cristal, y tardé en acudir á su llamado. Por la noche, á la hora en que nos reuníamos en la sala, permanecía yo lejos de Gabriela, hojeando los periódicos; hasta que al fin, comprendiendo ella que algo grave me tenía pensativo y cabizbajo, me dijo cariñosamente, como una hermana que trata de consolar al pequeño niño preferido: —Vamos, Rodolfo.... ¿qué tiene vd.? ¿Eñojos de Linilla?

LVI

A fin de semana recibí una carta de tía Pepa. En ella me decía que la enferma había sufrido un ataque horrible; que el Doctor se mostraba muy alarmado é inquieto, y que la cosa iba mal, muy mal.

“Yo quiero que estés aquí, en caso de una desgracia, para que me acompañes y me ayudes. Juana hace cuanto puede. La pobre ya no sirve para cuidar á un enfermo, y la criada no tiene modo. ¡Qué falta me hace Angelina! Si estuviera aquí no sería tan grande mi inquietud. No por eso vengas; Sarmiento dice que vamos bien, que el peligro pasó ya, y que, Dios mediante, no hay que temer una desgracia, por ahora. Pero yo veo las cosas de otra manera: Carmen no puede durar mucho; eso no es vivir, y de día en día la veo más débil y caída. Antes comía muy bien, pero ahora me cuesta mucho trabajo conseguir que tome alguna cosa; un triunfo cuesta el que acepte las medicinas. Considérame:

estoy muy acongojada, apenas duermo, y vivo en constante zozobra. Don Román vino á verme, y vino también tu amigo don Quintín. Es un joven muy bueno. Me preguntó si en algo podía serme útil y si necesitaba yo alguna cosa. Le dije que nó, y le dí las gracias.

“También vinieron las niñas de Castro Pérez, me preguntaron por tí y me encargaron que te diera memorias de parte suya y de su papá. No me simpatizan esas niñas, ya te lo he dicho. ¡Qué murmuradoras y qué indiscretas! ¡Tú dirás! Le preguntaron á Carmen, sin considerar el estado que guarda, que si era cierto que eras novio de la señorita Fernández y que te ibas á casar con ella. A mí me dió mucha cólera eso; porque comprendí que sólo por averiguar y saber la verdad habían venido. Se estuvieron aquí más de tres cuartos de hora, charlando como unas cotorras. Si vuelven, que no volverán, se quedarán en la sala, y por nada de esta vida las dejaré entrar en la recámara.

“No te inquietes ni te aflijas; si hay algo grave te escribiré para que vengas. Sarmiento me ha ofrecido decirme la verdad. Ayer le escribí á Linilla con unos músicos que fueron á San Sebastián á tocar en los oficios de la Semana San-

ta. ¡Qué semana Santa voy á pasar, hijito! Y yo que deseaba ir á todo. Va á predicar un padre nuevo. Dicen que lo hace muy bien. *Las siete palabras* van á estar magníficas. En la casa de Castro Pérez están ensayando el *Stabat Mater*.

“Pero á nada de eso iré yo. El pobre de Andrés viene todas las noches, luego que cierra su tienda, y dos veces se quedó acá para acompañarme. A mí me agrada eso, porque así no estoy tan sola, y si se ofrece algo hay quien vaya á la botica ó á llamar al medico; pero temo que una noche, mientras él está aquí pase algo en la tienda.

“Tengo la esperanza de que Angelina venga con el Padre, luego que pasen los días santos. ¡Dios lo haga!”

No quise enseñar esta carta al señor Fernández, ni hablé de ella; pero Gabriela que me vió pensativo y triste inquirió la causa de mi abatimiento, y yo le conté todo.

—¡Pues dígaselo vd. á papá!

Me negué á ello. No era necesario. Más tarde sería preciso ir, cuando la situación fuese verdaderamente grave.

Así las cosas llegó el Miércoles Santo. La familia se fué á Villaverde, y sólo nos quedamos en

la hacienda el mayordomo, yo, y Mauricio, el caballero, un muchacho muy simpático y muy servicial. Iba á la ciudad todos los días, muy de mañana, para traërme noticias de la enferma. El peligro había pasado, tía Carmen mejoraba, y las cartas que recibía yo eran satisfactorias.

Gabriela volvió el Lunes de Pascua. ¡Dichoso el momento en que la vi! Aquellos cinco días de ausencia fueron siglos para mí. ¡Cómo eché de menos á la joven! Recorría yo la casa en busca de ella; me iba yo á vagar por el jardín, imaginándome que allí la encontraría, y tornaba yo á mi cuarto desconsolado y abatido. El piano, la mesa de dibujo, los periódicos que Gabriela leía y las plantas que ella cultivaba me hablaban de la joven, y á solas, en la sala, me complacía yo en recordar sus palabras, en cerrar los ojos para fijar en mi mente la imagen de la niña.

Y sin embargo aseguro que mi corazón era de Angelina, porque á las veces, en mis ensueños, no veía yo á Gabriela, sino á Linilla; á Linilla que me miraba tristemente, como si fuera á decirme:

¡Ingrato! ¿Por qué te olvidas de mí?

Aquello era una locura, un delirio, algo como un hechizo que me dominaba y me poseía.

Me decía yo:

¿Estás enamorado de Gabriela?... .

Y mi corazón contestaba que nó, que nó! Jamás me hubiera atrevido á murmurar en sus oídos una frase amorosa; nunca hubiera sido capaz de decirle:—"Gabriela... vivo para vd.!" No, porque amaba yo á Linilla; para ella soñaba yo dichas y venturas; en ella pensaba yo cuando en el silencio de la noche, de codos en el balcón, meditaba yo en lo porvenir. Y hasta me ocurría que si mis deseos se realizaban, si un día me era dado llevar á Linilla al pie de los altares, Gabriela y don Carlos apadrinarían nuestra boda....

¿Ser amado de Gabriela? No lo pensaba yo, y si alguna vez llegó á ocurrírseme tal idea, la aparté de mi mente como un pensamiento criminal. Pero no se me ocultó que aquella alegría que embargaba mi ánimo al ver á Gabriela, al estar á su lado, al conversar con ella, en la mesa ó en la sala, y la tristeza que se apoderaba de mi espíritu cuando me veía yo lejos de la encantadora señorita eran indicios de que en mi pecho se encendía irresistible amor.

"No,—me dije—no, es preciso ahogar esta pasión que apenas nace y ya me quema! Huiré de Gabriela; seré con ella desdeñoso, indiferente, frío; procuraré hacerme odioso; quiero que me

aborrezca... ¡Vanos propósitos! ¡Empeño inútil! Me refugiaba yo en el recuerdo de Angelina, como en un puerto salvador; me repetía una y mil veces cuánto ella me había dicho, sus palabras más tiernas, sus frases más doloridas, las expresiones que más hondamente habían penetrado en mi corazón, y cuando me creía yo victorioso y alardeaba yo de haber triunfado de mi mismo, la voz de Gabriela, el eco de su piano, el ruido de su falda, el aroma de sus vestidos, cualquiera cosa suya me hacía estremecer, y me sentía yo débil como un niño, impotente para resistir una mirada, la más indiferente, de sus ojos azules.

Me resolví á confiar á Gabriela mis amores con Angelina. Así,—pensaba yo—me salvaré, y no podré decirle nunca que la amo. “Vd., amiga mía, amiga cariñosa,—le diría—vd. sabrá, antes que nadie, que en la dicha de esa joven, que es y ha sido muy desgraciada, cifro todas mis ilusiones, todas mis esperanzas! Estoy lejos de ella, muy lejos; hace mucho tiempo que no la veo, y necesito oír su nombre, necesito que alguno sepa que la amo, que la adoro!...”

Pero llegaba el momento deseado, y mis labios permanecían mudos, y el corazón quería salirse-me del pecho.



LVII

De tarde en tarde, después del despacho, salíamos de paseo, á lo largo del río, hacia los campos de caña de azúcar, hasta las faldas de pintoresca y cercana colina, algunas veces á caballo, las más á pie.

Mauricio empujaba el cochecito de Pepillo, y don Carlos y doña Gabriela le seguían á corta distancia. La joven y yo nos deteníamos aquí y allá en busca de flores ó de helechos.

Una ocasión, viéndonos á gran distancia de los señores, nos sentamos al pie de un árbol, uno de los más hermosos de la ribera, cerca del cual se precipita el río á través de tupidos carrizales. Delante de nosotros teníamos hermoso panorama, dilatada dehesa, verdes gramales, risueños collados, arboledas seculares cubiertas por floridas enredaderas, viejos troncos poblados de orquídeas y de mil plantas trepadoras. A la izquierda lejano caserío, la fábrica, *el real*, los establos, hacia los cuales volvía el ganado, la capilla con su torre envuelta en un manto de hiedras; á la derecha la vega villaverdina iluminada por